

COLOMBIA: UNA CRONOLOGÍA DE LA VIOLENCIA

Mariano Andrés Morato¹

RESUMEN

A mediados de la década del ochenta del siglo pasado surgió en América Latina un término para designar la violencia creciente que se estaba generando en todos los países de la región: colombianización. Esta expresión daba cuenta de una violencia creciente que se manifestaba en los índices de asesinatos y delincuencia que asolaban a las grandes ciudades de Colombia. Pero esta violencia no era fruto de la casualidad, era el resultado de un proceso que arrancó mucho tiempo antes, en el mejor de los casos se remontó a la década del cuarenta y cincuenta (siendo un punto de inflexión el asesinato de Jorge Gaitán en 1948) con altibajos, hasta nuestros días. Pero si miramos mejor y tratamos de seguir las raíces de esa violencia podemos llegar hasta el momento mismo de la formación del Estado colombiano en el siglo XIX y la ocupación del mismo por dos partidos, Liberales y Conservadores, que le darán la impronta al régimen político.

PALABRAS CLAVES

Violencia, guerrilla, Liberal, Conservador, Reforma Agraria.

ABSTRACT

In the mid – eighties of the last century, in Latin America there appeared a new term that was used to name the growing violence that was being generated in all the countries of the area. The term was: Colombianization. It told of the growing violence which was manifested in the indexes of delinquency and murders that were devastating the big cities in Colombia.

1 Mariano A. Morato, Profesor de Historia, Ayudante de 1^a en la materia “Historia Social Latinoamericana”, cátedra “Barrancos”, carrera de Sociología, Universidad de Buenos Aires.
Contacto: moratomariano@hotmail.com

Yet, this violence was not the result of chance. It was the result of a process that had started a long time before - at least in the forties or fifties- (Jorge Gaitán 's assassination in 1948 being considered a point of inflection) and has continued, with its ups and downs, up to these days. But if we took a closer look and tried to get to the roots of that violence we would go back to the moment of the formation of the Colombian State in the XIX th century and of the occupation of such state by two parties: the Liberals and the Conservatives who would leave a mark on the political regime.

KEY WORDS

Violence, guerrilla, Liberal, Conservator, Agrarian Reform.

Hacia mediados de la década del ochenta del siglo pasado surgió en América Latina un término para designar la violencia creciente que se estaba generando en todos los países de la región: colombianización. En el caso de Colombia esta violencia atraviesa todos los segmentos de la sociedad: desde el fenómeno del narcotráfico, pasando por la ya antigua guerrilla de las FARC y ELN y los paramilitares hasta llegar a lo que, Fernando Vallejo en *La Virgen de los Sicarios* (2002), describe tan magistralmente: la violencia cotidiana de la otra Medellín, de mano de una obra 'desocupada', barrios marginales producto de los desplazamientos del campo a la ciudad, etc.

Pero la violencia no es una creación de las últimas décadas. El fenómeno se remonta al siglo XIX, donde podemos rastrear algunos indicios en la conformación misma del Estado y en la estructuración del bipartidismo entre Liberales y Conservadores. Es un tejido complejo de factores en interacción, de múltiples facetas y elementos en constante evolución. Sin embargo, no se trata de

realizar una simple enumeración de las situaciones de violencia, ya sea política o social. La historia de América Latina y del mundo está plagada de estas situaciones, pero lo que hace de Colombia un caso interesante para analizar es que podemos rastrear, a lo largo de su historia, aquellos factores que sostienen la violencia desatada durante las décadas del cincuenta y sesenta del siglo XX que, con mayor o menor intensidad, se perpetúa hasta nuestros días.

Por lo tanto, este artículo tiene por objetivo hacer una cronología de la violencia buscando las causas que, según el período que tomemos, pueden tener raíces diferentes. En este sentido, identificamos tres grandes momentos: el primero está asociado con la aparición del régimen político y la formación del Estado. Abarca desde mediados del siglo XIX hasta la primera década del siglo XX. Allí la violencia se manifiesta en los diferentes grupos que acceden al Estado, cómo ejercen el poder y las consecuencias que esto trae aparejado. Un segundo momento está determinado por lo que hemos de llamar la cuestión agraria, que abarca aproximadamente desde las décadas del veinte al sesenta del siglo XX. Este período está marcado por un hecho que potenciará la disputa por la tierra: el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948.

El tercer momento se halla atravesado por la violencia desplegada en torno de los cultivos de coca y el accionar del narcotráfico, con la aparición de los grupos paramilitares y la profundización del accionar de la guerrilla. Temporalmente, este período abarca desde la década del setenta hasta nuestros días. Si bien la cuestión agraria no dejó de ser importante, se recrudece la violencia (sobre todo en las décadas del ochenta y noventa) en parte por la extensión de las áreas geográficas de la guerrilla, la inoperancia de los

sucesivos gobiernos para controlar la situación y la consolidación de los cultivos de coca en Colombia. Además, se ingresa en lo que llamaremos período de guerra civil y banalización de la violencia.

Territorio y Estado

En muchos casos, la naturaleza resulta uno de los factores determinantes del tipo de conformación social que se da en un territorio. Producto de esto, surge un tipo de Estado característico del entorno natural. En el caso Latinoamericano, la cordillera de los Andes generó, desde el momento mismo de la conquista, un desafío constante a las autoridades coloniales que se asentaron en América.

Los Andes tuvieron la particularidad de concentrar la mayor cantidad de población a la llegada de los españoles. Sin embargo, los colonizadores decidieron asentar sus capitales y potenciar en mayor medida las zonas costeras. Esta situación generó un tipo de estado que logró controlar algunas áreas, en general de fácil acceso o cercana a los grandes centros urbanos, quedando fuera del alcance del Estado otras zonas de más difícil acceso. Esta situación, que podemos evidenciar a lo largo de toda la cordillera de los Andes, en los territorios de Perú, Bolivia y Ecuador, es incluso más sobresaliente en Colombia, ya que la cordillera se divide en tres y es atravesada por grandes ríos que dificultan la comunicación entre las regiones. Para tener una verdadera dimensión de lo que el fraccionamiento del terreno significa, nótese que el transporte de carga, hasta bien entrado el siglo XIX, era realizado por personas

que cargaban los bultos a sus espaldas, ya que en algunos caminos de montaña era la única manera de transporte posible.

Esta situación se mantuvo durante toda la colonia, no pudiendo ser resuelta ni siquiera cuando, a comienzos del siglo XIX, se declaró la independencia, generando una herencia que marcará definitivamente al nuevo Estado. En el momento en que los Estados latinoamericanos dedican sus más grandes esfuerzos a intercomunicar sus regiones para ponerlas al servicio de los Estados nacientes, en el caso colombiano este esfuerzo demanda una cantidad de recursos de los que carece, quedando esta tarea para más adelante. El Estado colombiano se hace fuerte en la ciudad capital y en algunas zonas más, mientras que grandes extensiones de territorio quedan fuera de su alcance.

El surgimiento de un régimen político bipartidista de liberales y conservadores precede la construcción del Estado y deja su marca en él. Colombia está regida por la supervisión de dos partidos que se disputan los resortes del Estado desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad. Esto trae aparejado un tipo de enfrentamiento que no siempre se agota en la vía electoral, sobre todo teniendo en cuenta que los períodos de apropiación del Estado son largos, por lo que cuando se produce un recambio, esto genera verdaderas situaciones de violencia desatada. Si bien el enfrentamiento entre Liberales y Conservadores no deja de tener las características que podemos encontrar en otros países de América Latina, no es menos cierto que cada período de recambio genera un espíritu de revanchismo, que se manifiesta fuertemente en las zonas rurales y que no siempre es desaprobado por las élites dirigentes. Este revanchismo en algunos casos, como los de zonas

rurales, llega al desplazamiento de familias completas que deben huir de un poblado y refugiarse en otro donde la mayoría coincide con su ideología política.

De esta manera, podemos ver que, en un sistema bipartidista cerrado, los cambios de manos se dan en períodos relativamente largos, generando un clima de verdadera revancha cuando se produce la alternancia en el poder. Sobre todo, en aquellas zonas donde el Estado no logra controlar del todo este fenómeno, quedando a merced de las élites locales representativas de cada partido. En el caso colombiano, esto tiene un peso determinante dado por la fragmentación regional de larga data y la existencia de regiones no sometidas a la autoridad estatal. Han sido los dos partidos, el liberal y el conservador, surgidos a mediados del siglo XIX, y no el Estado, los que definieron las formas de identificación y de pertenencia colectivas, dieron nacimiento a las subculturas transmitidas de generación en generación [...] y engendraron fronteras políticas que se han perpetuado hasta el presente.(Pecaut 1997:904)

Hay distintos tipos de violencia que van desde las pugnas familiares o entre poblados vecinos, hasta otras formas asociadas a razones ideológico-políticas o conflictos no resueltos por la tierra. Todas ellas son acompañadas por un derrumbe parcial del Estado, que en algún sentido refleja la incapacidad futura de las conversaciones entre los líderes de los partidos para tener efectos institucionales. (Ladrón de Guevara/Jaramillo 2003:261) En 1861, con la llegada del liberal Mosquera² al poder, comienza ‘La República Ra-

² General Tomás Cipriano de Mosquera, fue tres veces presidente 1845-1849, 1861-1864, 1866-1867. En 1861 se proclamó Presidente Provisional de la República, luego de declarar la guerra al gobierno conservador de Ospina Rodríguez.

dical', que pretende sentar las bases de un estado moderno impulsando una serie de medidas que afectan directamente los intereses de los conservadores y también de algunos liberales. Uno de los rasgos más sobresalientes de la dictadura de Mosquera fue su política anticlerical. Poco después de asumir la presidencia, ordenó la expulsión de los jesuitas y el destierro del Arzobispo de Bogotá. Además, decretó la tuición de cultos, es decir, la prohibición por ley a los religiosos de ejercer sus funciones sin autorización del Gobierno. Mediante el decreto de desamortización de bienes de manos muertas, expropió los bienes que pertenecían a comunidades religiosas que no podían ser puestos en venta. Las comunidades que se opusieron a este decreto fueron abolidas.

Además, convocó a una convención constituyente, compuesta en su mayoría por liberales radicales, es decir, por el ala del liberalismo que pretendía aplicar en el país los más puros principios del liberalismo clásico, redactando la constitución de Ríonegro³ en 1863. La Constitución de Ríonegro impuso el más absoluto federalismo o autonomía de las diferentes regiones (estados) con relación al poder central. El gobierno Nacional –presidente, Parlamento, etc.- carecía de autoridad sobre los estados que se convirtieron casi en islas independientes unas de las otras, tanto en el aspecto económico como en el político.

Esto trajo aparejado que las guerras civiles se volvieran más frecuentes, como así también los conflictos armados al interior de

³ La Constitución de Ríonegro impuso en Colombia el más absoluto federalismo o autonomía de las diferentes regiones (estados) con relación al poder central. El gobierno Nacional (presidente, Parlamento, etc.) carecía de autoridad sobre los estados que se convirtieron casi en islas independientes unas de las otras, tanto en el aspecto económico como en el político.

cada estado, como revueltas y sublevaciones contra los gobiernos locales, así como guerras entre dos o más estados. Además, existía absoluta libertad para comerciar con armas, lo que hizo posible que los líderes locales armaran sus propios ejércitos con mayor facilidad. Se acentuó el poder de los caudillos locales, quienes tenían el poder económico en cada región, y que, amparados por las leyes, podían organizar ejércitos propios con los cuales buscaban imponer su poder. Estos ejércitos estaban conformados en su mayoría por peones y arrendatarios de las haciendas que eran obligados a participar de las guerras. Todo este clima favoreció, además de la situación descrita, un reacomodamiento de los partidos que iban generando en su interior facciones, divisiones que hacían más compleja la trama de los enfrentamientos y por ende agudizaba las intrigas, los golpes palaciegos, etc.

Para las elecciones de 1876, el liberalismo estaba ya dividido en dos grandes grupos: los radicales que deseaban que se mantuviera la Constitución y los moderados que, junto con los conservadores, defendían un cambio hacia el centralismo. Pese a la división, Aquileo Parra fue elegido para la presidencia. Parra, el último presidente radical, tuvo que enfrentar la sublevación de los conservadores de Tolima y de Antioquia. En 1878 el gobierno de Trujillo abrió el camino a la Regeneración⁴. A la cabeza de este movimiento estaba Rafael Núñez⁵, que contaba con el apoyo de los liberales moderados y de los conservadores. En 1884, Núñez fue reelegido e

⁴ La Regeneración fue un movimiento político cuyo objetivo era la restauración política y económica del país, el restablecimiento de la paz y el fortalecimiento de las instituciones y del poder del Estado.

⁵ Rafael Núñez, fue tres veces presidente 1880-1882, 1884-1886, 1887-1888.

inició su proyecto de derogar la Constitución de Rionegro y redactar una nueva Constitución de carácter centralista. Los radicales y caudillos regionales se opusieron a este proyecto y declararon la guerra a Núñez en 1885. El conflicto se inició en Santander y se extendió a otros estados. Apoyado por los conservadores y los liberales moderados que se unieron en el Partido Nacional, Núñez pudo vencer a los sublevados y declarar la nulidad de la Constitución de Rionegro.

Miguel Antonio Caro fue un conservador que participó en la redacción del texto final de la Constitución de 1886. Durante su mandato fueron perseguidos algunos líderes liberales y se impuso un severo control a la prensa. El partido liberal, desplazado del poder, vio en la guerra su única salida. En enero de 1895, los liberales se levantaron en armas contra el gobierno de Caro, pero fueron derrotados en marzo del mismo año. El Gobierno, fortalecido por la existencia de un ejército nacional, acentuó su persecución contra los líderes del levantamiento.

Los liberales comprendieron que sería imposible lograr su cometido por la vía pacífica y comenzaron a planear otra guerra que se convertiría en la más prolongada y devastadora de todas las que sucedieron en el país durante el siglo XIX: la guerra de los mil días que estalló en agosto de 1899 y se prolongó hasta noviembre de 1902. El Gobierno tenía muchas ventajas sobre los rebeldes debido a que poseía un ejército nacional, centralizado y moderno, mientras que los insurrectos sólo contaban con armas viejas y un mínimo apoyo internacional. Los liberales lograron importantes triunfos durante los primeros meses del conflicto pero la derrota de Palonegro, en 1900, lesionó seriamente al ejército rebelde. Como si esto fuera

poco, producto de esta guerra Colombia iba a perder el control sobre el istmo de Panamá en el que, desde hacía unos cuantos años, Estados Unidos estaba proyectando la construcción del canal bioceánico.

El agotamiento absoluto de ambos bandos contribuyó a terminar con la guerra. El número estimado de bajas por causa del conflicto se eleva a la impresionante cifra de cien mil, que en una población total de alrededor de cuatro millones equivale al 2,5 % de los colombianos (y naturalmente, a una proporción mucho más alta de hombres adultos) (Bushnell 1990:210). Quizá esta cifra resulte exagerada, pero marca el nacimiento del siglo XX, ya que la guerra de los Mil Días, que es, al fin y al cabo, una guerra civil, quedará en la memoria colectiva como la tragedia de la que se van a heredar muchos de los acontecimientos que marcarán el futuro, además de ser la antesala de otra gran tragedia, la pérdida territorial de Panamá.

La cuestión agraria

Al iniciarse el primer decenio del siglo XX en Colombia se hacen visibles formas extensivas de posesión de la tierra que muchos investigadores caracterizan como de tipo feudal. Esto se explica por la existencia de grandes latifundios y formas de trabajo que atan a los campesinos a la tierra. Estas relaciones entre grandes hacendados y colonos no se dio siempre sin conflicto. Los enfrentamientos se presentaron con más frecuencia en las regiones cafeteras de clima medio de las tres cordilleras, en las zonas ganaderas

del interior de la costa Atlántica y en el enclave bananero creado por la *United Fruit Company* (Pérez Martínez 2004:67).

A finales del siglo pasado y comienzos del presente, se desarrollaron los procesos de colonización de las tierras templadas de las tres cordilleras, a impulso de la producción de café. Este proceso, cuyo resultado más espectacular, aunque no el único, fue la colonización antioqueña, conformó una estructura de propiedad más equitativa que la de los altiplanos y valles interandinos. Sin embargo, el alto valor de la producción cafetera fue uno de los factores clave para explicar el encarnizamiento de las luchas violentas a mediados del presente siglo, uno de cuyos motivos centrales fue el despojo de la producción en épocas de cosecha y la apropiación de parcelas por cuadrillas armadas, encubiertas bajo la lucha entre liberales y conservadores (Reyes Posada 1987:41).

Si bien desde muy temprano con la Ley 61 de 1874 y la Ley 48 de 1882 el gobierno buscó ordenar la situación de los terrenos incultos permitiendo a los campesinos acceder a su propiedad legal en el momento del cultivo, y por la prohibición de desposesión aunque no tuviesen títulos escritos, en la práctica esta situación nunca se llegó a concretar, ya que los hacendados se preocuparon por buscar los resquicios legales que los favorecieran. Un ejemplo es el caso de los colonos que, con el propósito de legalizar sus tierras debían permanecer en los predios y no firmar ninguna clase de contrato de aparcería, pero si se negaban a hacerlo, el terrateniente pedía al alcalde que los obligara a abandonar la parcela.

Aún después del desalojo, a veces los colonos desafiaban a las autoridades y, cuando la policía se iba, regresaban obstinadamente a cultivar sus campos. Cuando esto ocurría, los grandes hacenda-

dos respondían con hostigamientos y represalias. En algunos casos los hacendados formaban cuadrillas de vigilantes para atacar a los colonos que invadían (Pérez Martínez 2004:68). Fue sobre todo la gran expansión de la producción cafetera de 1900 a 1930, la que multiplicó notoriamente las divisas y sentó las bases del desarrollo capitalista en Colombia hasta los años setenta. Para el primer período del siglo XX se emprenden las primeras obras de infraestructura ferroviaria y de carreteras, a fin de dar cierta unidad al país y unificar el mercado para los productos agrícolas y de otros géneros, así como también destinadas a contribuir a la unidad política y cultural del país y a la defensa del territorio. Con ello se dio impulso a la Ley 74 de 1926 con la cual se atribuyó a la tierra una función social, se autorizó al gobierno para expropiar tierras no cultivadas y se ordenó ofrecer anualmente a la colonización no menos de cien mil hectáreas fiscales en pequeños lotes.

A partir de 1930, con la llegada de los liberales al poder se pusieron en marcha una serie de reformas en el ámbito educativo y laboral, pero estas reformas se hicieron sentir muy fuerte en el sector agrario, ya que en adelante el trabajo de la tierra pasaba a ser fuente de propiedad, la titularidad de la tierra sería refrendada por el Estado siempre y cuando la tierra fuera explotada económicamente (Pérez Martínez 2004:70). La reacción de los terratenientes no se hizo esperar, y los colonos fueron expulsados de sus tierras ante la posible demanda de titularización de su parte. Las consecuencias de este proceso no fueron uniformes: los terratenientes se vieron en la disyuntiva de perder la mano de obra o la tierra. En aquellos lugares donde la tierra era más costosa los aparceros fueron expulsados y reenganchados luego como obreros asalariados.

Con la expansión de los conflictos, el gobierno tuvo que intervenir promulgando la Ley 200 de 1936. Con ella se apoyaba decididamente el concepto de función social de la propiedad, se estipulaba que si en el término de diez años no se explotaba, ésta sería revertida en forma automática al Estado. Desde entonces, se producirá un inmenso movimiento campesino alrededor de Chapparral en el departamento del Tolima, que tuvo como objetivo recuperar tierra baldía de propiedad del Estado a fin de conseguir su titulación (Pérez Martínez 2004:71). En el año 1944 el gobierno no pudo resistir la presión de los sectores terratenientes y promulgó la Ley 100 en la cual se desmantelaban los beneficios para aparceros y arrendatarios.

El Bogotazo

El año 1946 significa un punto de inflexión en la cuestión agraria, ya que el cambio de gobierno a manos de los conservadores, por un lado, pone en jaque todo lo que se ha conquistado hasta el momento en materia de legislación -tanto en la protección en lo laboral, como en la posibilidad de tenencia de tierra a través de la titularización-. Por el otro, desencadenará a partir de la muerte de Gaitán una ola de represión y violencia que arranca en las ciudades -el bogotazo de 1948- y se extiende al campo, donde se arraiga de tal manera que marca la historia de los veinte años siguientes. Si bien el enfrentamiento entre Liberales y Conservadores es similar al que podemos encontrar en otros países de América Latina, no deja de ser cierto que cada período de recambio genera un espíritu

de revanchismo, que se manifiesta fuertemente en las zonas rurales y que no siempre las élites dirigentes desapruaban. Esto es lo que sucedió en 1946, cuando luego de dieciséis años de dominio Liberal, los conservadores se hicieron nuevamente del poder. Dos años más tarde, el 9 de abril de 1948 es asesinado el líder Liberal Jorge Eliécer Gaitán⁶, y se produce una ola de violencia que se extiende desde Bogotá hacia el resto del país. La reacción del gobierno no se hizo esperar. Se desencadena una respuesta que da origen a lo que se conoce como la era de la violencia que recién atenúa su impacto con la experiencia cívico-militar del general Rojas Pinilla en 1957.

Si bien se puede hablar de una violencia liberal-conservadora a nivel nacional, parcialmente controlada y dirigida por las élites de los dos partidos, como sostienen Ladrón de Guevara y Jaramillo (2003:265) hay dos tipologías de la violencia que es necesario desagregar y cruzar: por una parte, hay una regionalización de la violencia, pues hubo zonas del país donde el fenómeno pasó desapercibido, además de que fue prioritariamente rural, con excepción del Bogotazo [...] Por la otra, hay distintos tipos de violencia que van desde las pugnas familiares y entre poblados vecinos, hasta violencia asociadas a razones ideológico-políticas o conflictos no resueltos por la tierra. Todas ellas arropadas por un derrumbe parcial del Estado, que en algún sentido reflejaría la incapacidad de las conversaciones entre los líderes de los partidos para tener efectos institucionales (Ladrón de Guevara/ Jaramillo 2003:266).

⁶ Jorge Eliécer Gaitán, (1903-1948) líder liberal, trataba de integrar las ideas socialistas a las filas del liberalismo colombiano. Fue abogado de los huelguistas de 1928 contra la United Fruit Company. El 1946 lideró una de las facciones en que se dividió el Partido Liberal para las elecciones de ese año con el apoyo de las clases populares, convirtiéndose en el líder del partido a partir de ese momento. De ahí la reacción popular ante la muerte de su líder.

La primera reacción del gobierno conservador de Ospina fue incluir en su gabinete a los liberales, pero al estar estos ya divididos, muchos decidieron, sobre todo en las zonas rurales, armarse y armar a los campesinos contra el gobierno y resistir el avance conservador. La llegada de Laureano Gómez al Gobierno en 1950 profundizó este proceso. En 1953 se hizo evidente que la violencia amenazaba con quedarse largo tiempo en Colombia, sobre todo en aquellas zonas en que los liberales habían logrado sobrevivir a la ofensiva conservadora y en zonas donde se estaba arraigando la guerrilla liberal. Gustavo Rojas Pinilla, jefe del ejército, logró derrocar a Gómez con el apoyo de la fracción moderada del partido conservador y los liberales. Ante la falta de un candidato a quien darle el gobierno, el propio Rojas Pinilla decidió asumir el cargo. Este fue quizá uno de los puntos más bajos de la Violencia desde que se inició en 1948.

La confianza en que tanto las persecuciones políticas y las medidas tendientes a la concentración de tierras, derivadas de aquellas, como los desplazamientos de campesinos a las grandes ciudades en búsqueda de protección iban a terminar desvaneciéndose rápidamente. La coalición liberal-conservadora de 1958 tuvo por finalidad resolver el problema de la violencia. Muchos guerrilleros depusieron las armas durante la transición al gobierno civil. Pero otros, considerando que la coalición era una traición, no reconocieron la fórmula de paz a la que llegaron los líderes de los partidos oficiales y prolongaron la lucha. Si bien 'La Violencia' concluyó oficialmente en 1964, para ese entonces ya se había fundido un nuevo enfrentamiento entre el gobierno de coalición y los guerrilleros revolucionarios.

Algunos analistas coinciden en que el período iniciado en 1946 es la etapa de la violencia más vinculada al sector agrario, ya que en los veinte años siguientes es el período en el cual la resistencia a la represión posterior al Bogotazo se estableció en el campo de la mano de los grupos liberales disidentes, miembros que el Partido Comunista Colombiano, se hacía con la formación de las primeras Ligas Campesinas, etc. Esta época representó la implementación de diversas tácticas utilizadas por los campesinos para invadir las tierras, así como el plan de lucha campesina que se seguiría utilizando en los años posteriores. El choque con los latifundistas era inevitable, con el comienzo de la violencia, en la cual se entremezclaban los asuntos ideológicos con los conflictos por la propiedad de la tierra los latifundistas impulsaron la recuperación, a la fuerza, de grandes porciones de tierra. Los años cincuenta y sesenta son testigos del surgimiento en el centro, sur y al este del país de los primeros grupos armados que se oponen a la política gubernamental de cerrar las entradas y salidas al proceso de colonización. Quizá sea este uno de los momentos más interesantes para analizar la violencia, ya que es el período en el cual se conformarán los grupos guerrilleros más importantes, que todavía hoy subsisten, cuyos objetivos, en esos momentos, eran claros y bien definidos.

Guerra Civil o violencia de todos contra todos

Entre el año 1964 y 1970 se fueron constituyendo los grupos guerrilleros más importantes de Colombia vinculados a diferen-

tes posiciones ideológicas, estrategias y tácticas. Así surgieron las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), Un grupo más pequeño, de extracción maoísta, el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Ejército de Liberación Nacional (ELN), y ya sobre 1970, el M-19, a raíz de las elecciones de ese año en las que vencieron fraudulentamente a la ANAPO. De esta forma, vemos aparecer grupos que, retomando la tradición de las guerrillas liberales y de otras formas de resistencia, se encuentran ahora actuando fuertemente en distintas zonas rurales (salvo el M-19 que tiene presencia urbana como forma de acción). Paralelamente a estos grupos, podemos observar, por un lado, el ejército regular y, por otro, los grupos paramilitares que, alentados desde el Estado, se han especializado en combatir a las guerrillas, casi en los mismos términos que éstas, produciendo todo tipo de atrocidades. A partir de los años ochenta el cuadro tiende a complejizarse con la aparición del negocio del narcotráfico con sus ejércitos privados, que establece relaciones de tipo comercial y política con todos los sectores al mismo tiempo.

En este sentido, Pecaú insiste reiteradamente que las violencias posteriores a 1980 van mucho más allá de una simple continuación ampliada de las anteriores, aunque exista algunos rasgos de continuidad con ellas. En un primer momento la violencia aparecía fundamentalmente como un fenómeno político: la expansión de las guerrillas era el aspecto más visible y parecía responder al desgaste de un régimen, el del Frente Nacional en el poder desde 1958, incapaz de hacer frente a las nuevas demandas sociales. Este diagnóstico político se encuentra en la raíz de los esfuerzos de los gobiernos sucesivos a partir de 1982 para llevar adelante reformas

políticas y abrir negociaciones con las guerrillas [...] Mientras surgió una nueva dimensión de la violencia, aquella asociada al desarrollo de la economía de la droga (Pecaut1997: 892). Por otro lado, no sólo las zonas rurales se ven afectadas por este proceso, sino que, a la par de la violencia en el campo, aparecen desplazamientos humanos, migraciones que tendrían por destino final las ciudades, que convierten a esos migrantes en agentes portadores de violencia que más tarde se volcará a las calles de las grandes ciudades, en calidad de matones, sicarios, etc.

Decíamos más arriba que la violencia se había convertido en endémica, es decir, que había arraigado en la sociedad colombiana a tal punto que se encuentra presente en los grandes conglomerados urbanos. Esto se observa en los índices de asesinatos y, en las zonas rurales, en los enfrentamientos de las guerrillas contra el estado y contra los paramilitares, así como en las acciones de cada grupo individual en su zona de control. Esta epidemia es lo que llevó a los analistas sobre la violencia y la guerra a considerar a Colombia como un ejemplo de sociedad en guerra civil. Muchas de las descripciones teóricas que intentan definir qué es una guerra civil son ampliamente aplicables al caso colombiano. Una de las características de la guerra civil es que, mirado el conflicto, los motivos iniciales de la lucha son difíciles de detectar y además, pierden sentido a lo largo del enfrentamiento. En muchos casos, al final del enfrentamiento, las cosas no han cambiado mucho de lo que sucedía al comenzar la lucha. En este aspecto, las guerras civiles no suelen tener vencedores ni vencidos. Sin embargo, muchas guerras civiles pueden iniciarse de forma casual, como consecuencia de un pequeño tiroteo o de un asesinato como en el caso colombiano,

que desembocó en una explosión social, en la que la furia y el odio acumulado se descargaron en forma brusca.

Con el comienzo de los enfrentamientos se opera un cambio profundo en la imagen externa que ofrecen estas sociedades. Las tensiones de carácter étnico-religioso o sociocultural, de las cuales muchos posiblemente tenían conciencia pero que hasta ese momento no había condicionado la vida cotidiana, se manifiestan repentinamente y se convierten en el principio dominante al que se someterán los demás ámbitos de la vida (Waldmann 1999:89). Otro aspecto a tener en cuenta es la ocupación del territorio en el momento de desencadenarse el conflicto. Cada una de las facciones en conflicto se adueña con rapidez y determinación de espacios concretos, de manera que aquellos territorios, que hasta ese momento se encontraban bajo un único control estatal, se desintegran rápidamente en numerosos pedazos (Waldmann 1999:90).

Un caso llamativo, que se puede asimilar al de Colombia, es el de las guerras de limpieza étnica. En estos casos la tendencia general consiste en formar bloques territoriales homogéneos partiendo del territorio de origen, en el cual la etnia es demográficamente mayoritaria, que sean inexpugnables tanto desde su interior (para la minoría) como desde el exterior (Waldmann 1999:91). Si bien el caso colombiano no consiste en una limpieza étnica, el enfrentamiento entre liberales y conservadores en los pueblos del interior refleja esta lógica llegado el momento de la revancha. Este es uno de los motivos por los cuales las guerras civiles tienen por consecuencia migraciones masivas. Cuando los límites entre las zonas que controlan cada grupo en lucha son claros, las áreas se convierten en refugio para los que emigran de un lugar –que seguramente son minoría- a

otro –que puedan ser contenidos por sus parientes, etc- El problema se agudiza cuando las zonas en disputa no tienen un límite claro, de lo que resulta ampliamente perjudicada la población en general, ya que son objeto de permanente hostigamiento por todos los bandos en lucha, ante la sospecha de colaboración con el ‘enemigo’.

El elevado número de civiles inocentes que se encuentran entre las víctimas y se debe, por un lado, al ambiente social de odio mutuo que engendran las guerras civiles y, por otro, son el resultado de la estrategia político-militar practicada por las facciones beligerantes (Waldmann 1999:93). Esta política tiene por objetivo, a través de la aplicación de la violencia, mantener a raya al propio campo y disuadir al potencial enemigo. En este sentido en Colombia el aspecto más impresionante y horrible de ‘La Violencia’ es el salvajismo destructivo, cruel y sin objeto de sus hombres armados. A las víctimas de la violencia no se las asesina simplemente, sino que se las tortura, cortándolas en trocitos (picados a tamal), decapitándolas en una variedad de horrorosos sistemas y desfigurándolas. Por encima de todo, los asesinos pretenden no dejar ni semilla (Hobsbawn [1959]2001:94). Waldmann (1999) reconoce tres grados o niveles en la escala de la intensificación de la violencia: la independización de la violencia, su privatización y su comercialización. Si bien las tres fases o instancias están presentes en Colombia desde el momento mismo en que se desata el fenómeno, lo que más nos interesa, por la persistencia de la misma, es el tercer punto: la comercialización de la violencia.

En la segunda fase la violencia se ha privatizado y las distintas facciones tienden a ejercer el control que antes ejercía el Estado. Por ende, se dedican a conseguir toda clase de recursos y todo tipo de fines, pero esta etapa todavía causa repulsión en las sociedades

y genera sentimientos de desaprobación. En cambio, en la tercera fase, esta sensación ha desaparecido: la violencia ya no produce escándalo. Esto es lo que hace de Colombia un caso particular dentro del concierto de naciones que han experimentado este fenómeno. Es lo que algunos llaman la banalización de la violencia. Que la violencia se vuelva banal implica poder obtener ventajas personales, que la sociedad no sienta la violencia como una carga insoportable para vivir. Como plantea Pecauc, lo que habría que preguntarse es “...por qué ella aparece casi como banal (porque) ella afecta a los individuos, no perturba casi el funcionamiento económico y social de la sociedad” (Pecauc 1997:924).

Con relación a la economía, la violencia, si bien tiene un costo económico, también tiene beneficios, no sólo para sus protagonistas, sino también a nivel macroeconómico: el dinero del narcotráfico ha ayudado a escapar de la trampa del endeudamiento, que permitió la aparición de entidades financieras sólidas, facilitó la expansión de una agricultura comercial y sostuvo la demanda interna. Por lo tanto, si la violencia trastoca el tejido social tanto como las regulaciones institucionales, ella no altera más que moderadamente las dinámicas macroeconómicas y macrosociales. Esta es una de las razones de su viabilidad (Pecauc 1997:925). Por otro lado, la pregunta que se impone es si este balance general positivo no es un indicio de que la economía se ha inmunizado contra los actos de violencia. Si esto es así, difícilmente cabe esperar que los círculos económicos colombianos contribuyan a reducir el alto nivel de violencia en este país (Waldmann 1999:102).

A este cuadro hay que sumarle dos actores que, a medida que nos acercamos al presente se convierten en fundamentales para

entender la violencia en Colombia hoy: los paramilitares y los Estados Unidos. En el caso de los primeros porque, a través de su unión en las UAC han logrado convertirse en uno de los interlocutores necesarios a la hora de pensar un proceso de paz y por ende de desarme e incorporación a la vida civil. Operando a la sombra del Estado y utilizando los mismos métodos de la guerrilla, amasaron enormes fortunas que los tienen, además, como protagonistas en la estructura económica de Colombia. Además en los últimos días han demostrado fuertes vínculos con el poder.

Respecto a Estados Unidos la relación estuvo marcada, en las últimas décadas, por la presencia del narcotráfico y las presiones que ejercieron para extraditar a los principales jefes de los cárteles de la droga. La necesidad de controlar la expansión del narcotráfico hacia el país del norte fue una preocupación constante de las distintas administraciones norteamericanas. El punto más alto de este proceso es la puesta en marcha del ‘Plan Colombia’, instrumentado en 1999 entre las administraciones de Pastrana y Clinton, que comenzó como un plan de ayuda para la erradicación de los cultivos ilícitos (coca, marihuana) y se convirtió, con el paso del tiempo, en un plan de militarización y presencia permanente de tropas en Colombia, generando una desestabilización de las relaciones internas entre el Gobierno, las FARC-ELN y los paramilitares.

A la par de este diálogo que nunca se termina de concretar aparece el crecimiento de la sociedad civil amparada por la constitución de 1991 que estimuló todo un proceso de apertura permitiendo, la reivindicación y la lucha de las minorías excluidas hasta ese momento. Así vemos aparecer ONG’s que trabajan con comunidades indias, con afrocolombianos, movimientos de mujeres que

buscan el reconocimiento efectivo de sus derechos, etc., y que a la par de esto expresan la voluntad de cambio de una sociedad que, en las últimas décadas, ha sido arrasada por la violencia, tanto rural como urbana. Muchas de estas ONG's y ANG's están hoy en día trabajando activamente, desde su puesto en la sociedad, para poner fin a la violencia buscando una paz que no termina de llegar.

De esta manera tratamos de mostrar un proceso que abarca casi toda la historia de Colombia, desde sus inicios a mediados del siglo XIX hasta nuestros días. Si bien quedó claro que no existe una sola causa para definir la violencia, sino que por el contrario se muestra multicausal, vale la pena hacer hincapié en una de ellas, lo que podríamos llamar la 'cuestión institucional'. Con este término queremos expresar el punto de vista por el cual, en Colombia no se llega a vislumbrar la existencia, en su período formativo, de una burguesía que tenga la voluntad política y los deseos económicos de hacerse cargo de la construcción del país, como se estaba sucediendo con otros países de Latinoamérica para el mismo período, como ser México y Argentina. Esta falta de burguesía que pueda hegemonizar el proceso de apropiación de las estructuras políticas y económicas del Estado, terminó condicionando un tipo de país en el cual la violencia será la expresión de las distintas facciones que intentaban llegar al Estado.

Bibliografía

- ABEL, Chistopher/Palacios, Marco (1990): “Colombia, 1930-1990”
En: Bethell, Leslie (eds.): *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, v. 16
- BUSHNELL, David (1999): *Colombia: una nación a pesar de sí misma*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial.
- GUZMÁN CAMPOS, Germán/Fals Borda, Orlando/Umaña Luna, Eduardo (1963): *La Violencia en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (2001) [1969]: *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial.
- HOBSBAWM, Eric (2001) [1959]: *Rebeldes Primitivos*, Barcelona, Editorial Crítica.
- KURTENBACH, Sabine (2005): Análisis del conflicto en Colombia. En: <http://www.fescol.org.co/doc.20/02/2007>.
- LADRÓN DE GUEVARA, Andrés/Jaramillo, Felipe (2003): “La compleja modernización de los partidos más antiguos de América Latina. En Cavarozzi, Marcelo/Abal Medina (h), Juan Manuel (eds.), *El asedio a la política; los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario, Homo Sapiens.
- PECAUT, Daniel (1997): “Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia”. En: *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, n° 144, en.-mar., pp. 891-930.
- PÉREZ MARTÍNEZ, Manuel (2004): La conformación territorial en Colombia: entre el conflicto, el desarrollo y el destierro. En <http://www.javeriana.edu.co> 20/02/2007.

- PIZARRO LEONGOMEZ, Eduardo (1991): *Las FARC: de la auto-defensa a la combinación de todas las formas de lucha*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- REYES POSADA, Alejandro (1987): La violencia y el problema agrario en Colombia. En: <http://www.analisispolitico.edu.co> 19/02/2007.
- ROMERO, Mauricio (2003): “Paz, Reformas y Cambio en la Sociedad Civil Colombiana”. En: Cavarozzi, Marcelo/Abal Medina (h), Juan Manuel (eds.), *El asedio a la política; los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Rosario, Homo Sapiens.
- WALDMANN, Peter/Reinares, Fernando (1999.): *Sociedades en Guerra Civil: conflictos violentos de Europa y América Latina*, Barcelona, Editorial Paidós.
- VALLEJO, Fernando (2002) [1994]: *La virgen de los sicarios*. Argentina, Alfaguara.